

LIBROS

ARTURO SOUTO ALABARCE, *La plaga del crisantemo*. Imprenta Universitaria. México, 1960. 91 pp.

LA PLAGA DEL CRISANTEMO, primer libro de ficción de Arturo Souto Alabarce, reúne siete breves textos: *El candil*, *Coyote 13*, *El pinto*, *Tenebrario*, *In memoriam*, *No escondas tu cara* y el que da nombre al volumen. Si exceptuamos *In memoriam*, transcripción de una mínima anécdota, las demás narraciones poseen como denominador común la avidez de "signos, de símbolos, de profecías, de martirios, de pasiones, de milagros", una inquietud vital que no solamente provoca el instante álgido en que son sorprendidos los personajes sino que pone en juego la realidad concreta, puebla de mitos el problemático mundo en que se desarrollan las historias, interesa el universo entero dislocando constelaciones y conmocionando un orden superior. En todas ellas está presente la figuración del mal, constante enemigo del hombre, que a veces toma disfraz de leyenda y otras de enfermedad, de plaga, de pecado; ese enemigo es la causa de perturbaciones morales que el autor simboliza en atmósferas cargadas de alta tensión, en acciones que no esconden una preocupación religiosa que llega, a veces, a la tentación apocalíptica. El enemigo, sin embargo, es la encarnación de la pureza: obstáculo para alcanzar a Dios, se convierte en Dios; negación de la vida, es la razón absoluta de la existencia. Gracias a él, los seres viven y encuentran una respuesta a su tránsito temporal: sin la persecución del coyote 13, la vida del vaquero Juan perdería todo sentido; sin la enfermedad en el cuerpo, el pinto no conocería el sufrimiento que lo conduce a la soledad, que lo lleva a crear un mundo nuevo, a parecerse a Dios.

Escritas en diversas épocas y bajo muy distintos estados de ánimo, estas historias están concebidas en lenguaje claro, limpio, en ocasiones muy hermoso; prosa que prefiere la simplicidad glacial o el tono evangélico antes que el ritmo impaciente y el fuego de las palabras. Lo que en ellas acontece refleja una tónica contemporánea, se mueve dentro de la esencia de la aventura espiritual de nuestros días. No son otros los problemas que inquietan a Mauriac, a Melville, a Montherlant; problemas que Arturo Souto experimenta y trasmite con una particular concepción y que pueden resumirse, en último extremo, en la raíz fundamental de toda su temática: el logro de la Gracia.

En esta colección sobresalen dos cuentos mayores: *Coyote 13* y *El pinto*. En el primero se relata la cacería del último coyote de un rebaño, del atávico, "natural" enemigo del vaquero. La persecución y el encuentro se realizan "en la línea sangrienta del crepúsculo", perdido el sentido de la vida, mineralizada la piel mientras "lo demás, el cielo, la llanura, la soledad" se reduce a "una interrogante angustiosa y amenazadora". Pero exterminado el enemigo volvería el silencio, empezaría la muerte. Sin el coyote sagrado, intocable, el vaquero no existe porque él es el coyote. En *El pinto*, un enfermo de ese mal conoce la soledad que no tocan los hombres; después, entre ellos, tiene que experimentar el sufrimiento agresivo para descubrirse en el mar, para purificarse y dar nombre y vida a un mundo inventado por él, creado por él, lleno de la Gracia.

Conocido por estudios críticos (recuérdense sus prólogos a las ediciones universitarias de una selección de cuentos de Poe y de *Madame Bovary*) Arturo Souto nos ofrece ahora una buena muestra de su talento creador. Más que señalar las fallas y las deficiencias importa dejar constancia de lo que anuncia, de lo que presagia *La plaga del crisantemo*.

J. V. M.

HERMANN MELVILLE, *Moby Dick* (traducción de Guillermo Guerrero Espinosa, Hugo E. Ricart y Alejandro Rosal); prólogo de Carlos Fuentes. U.N.A.M., Nuestros Clásicos. México, 1960.

REDESCUBIERTA después de un largo olvido, *Moby Dick* es una gran novela contemporánea. No poco se ha dicho sobre lo múltiple de su significado y de su valor literario; en su excelente prólogo así lo señala Carlos Fuentes al afirmar que es "la más extraordinaria obra creada por la literatura norteamericana del siglo XIX". Todos los elementos que forman la aventura del hombre de nuestros días se hayan presentes en esta hermosa, terrible novela. Fuera del orden común, *Moby Dick* es, junto con los de Dostoyevski, Conrad y Faulkner, uno de los textos más vivientes, al que más deben los mayores nombres de la literatura de nuestro siglo.

Moby Dick es fundamentalmente una obra simbólica de la condición humana, la representación del puritanismo norteamericano en lucha contra el mal. En la loca persecución de la ballena blanca, Mel-

ville enjuicia el sentido de la vida y los cimientos de la realidad. La providencia, la dignidad, lo absurdo del inestable escenario que habita el hombre, la responsabilidad, el fariseísmo, la sed de eternidad y la soledad metafísica (todos aquellos asuntos que preocupan a sensibilidades contemporáneas diversas), se encuentran claramente expuestos aquí con cien años de adelanto.

En su prólogo Carlos Fuentes analiza los conflictos que mueven la gran aventura del capitán Ahab, "el viaje de la venganza y del odio", "el sentimiento místico y salvaje" de la destrucción que lleva implícita, como única forma de realizarse, el propio aniquilamiento. Incurriendo en la abundancia de las imágenes, no siempre felices, que forman parte íntima de su estilo, Fuentes señala aquellos que se salvan en la solidaridad democrática del mundo de los que se encierran en el individualismo farisaico y aséptico. La tragedia se carga de todo el puritanismo que, con excepción de Melville y Poe, restringía la literatura norteamericana hasta fechas no muy lejanas. Y en la liberación de ese estrecho mundo, en la incursión por un vasto escenario, en el microcosmos que resulta la nave, en el clima invadido de premoniciones, Carlos Fuentes centra al capitán Ahab, héroe de nuestro tiempo, lleno de aliento mesiánico y totalmente entregado al absurdo. Desde este punto emprende una cuidadosa disección del ser norteamericano: "Ahab es gnóstico, maniqueo y puritano: es el concentrado de la vertiente individualista y antiorgánica de la modernidad. Ahab se llama Calvino y Locke; se llamará Hitler y MacCarthy" (y Stalin). Mesías que tiene por destino acabar con el mal, resulta imagen viva de Dios, es Dios, norteamericano de conciencia pura, prometeico ingenuo que ataca en la ballena blanca su propia enfermedad, su lacra, su pecado. Al afirmarse en la destrucción de su reflejo, Ahab se identifica a sí mismo, se enamora de su verdad y, matando a Ahab, asegura su existencia. Pueblo elegido y sin fracasos, autonombrado protector del futuro universal, Estados Unidos resucita y resume en la actitud "yo soy el bien, los malos son los otros", la buena conciencia que rige la política que vivimos, la canción *optimista* por la cual tenemos voz sin asomo de sospechas.

La inclusión de *Moby Dick* dentro de la serie "Nuestros Clásicos" es uno de los mayores aciertos de la editorial universitaria. Grande es la tentación de señalar extensamente la importancia de esta edición mexicana de la "gran épica democrática" de Melville, enriquecida por el texto de Carlos Fuentes, uno de nuestros escritores con mayor conciencia del momento.

J. V. M.

